Las Fronteras de Chile

Por RAUL SILVA CASTRO
de la Academia Chilena

Las campañas de agitación internacional promovidas por algunos de los vecinos de Chile, quejosos de la extensión territorial que ocupa este país, confieren singular actualidad al libro de Jaime Eyzaguirre "Breve historia de las fronteras de Chile", de publicación reciente. Con él, y con otros títulos, ha iniciado la Editorial Universitaria una serie llamada Cormorán, de pequeño formato, con presentación muy agradable. Un cambio de rumbo que sin duda habrá de encontrar cálida acogida en el público.

El libro de Eyzaguirre es, por lo demás, tan breve y sucinto que bien puede recomendársele para la lectura en clases. Entre los liceanos, desde luego, haría bien que se prodigaran algunas nociones acerca de lo que Chile recibió como legado colonial (el "uti possidetis" de 1810) y de lo que es hoy día, ciento cincuenta años después. Ha perdido mucho, sin duda, con la Patagonia y porción de la Puna de Atacama, y ha ganado asimismo con algunos territorios del Norte en donde yace una apreciable existencia de minerales.

Este libro, como otros, parece llamado a difundir conceptos nuevos sobre lo que es la "riqueza" de una nación. El noventa por ciento de los chilenos cree, con la fe del carbonero, que Chile es un país de insuperable riqueza, acaso el más rico del mundo, según yo personalmente he oído proclamar, y no siempre entre gentes indoctas, sino a profesores de liceos. Nadie para mientes, eso sí, en que el clima del país es abiertamente enemigo del cultivo agrícola, que las distancias entre diferentes regiones anula o esterilizan la prosperidad que pudieran ellas intercambiarse y que las obras de riego encarecen necesariamente la producción agraria, abaratada en otras partes por el terreno llano y la precipitación pluvial distribuida armónicamente en todos los meses del año. Nada de esto se ve o divisa, para poder proclamar a grito herido que Chile es el país más rico del mundo.

El autor de este libro, modelo de síntesis, es ventajoso repetirlo, no se ocupa directamente en ninguno de los tópicos que se acaban de evocar, pero sí ofrece informaciones para juzgar a contraluz de las realidades geográficas del país. Las noticias que él mueve sobre los límites aparecen a cada instante referidas a desiertos, a las rocas altísimas de la cordillera de los Andes, absolutamente estériles, a ríos de agua salada que no sirven para el cultivo, y también a islas perdidas entre mares gélidos, y tan rocosas y pequeñas que no hay modo de asentar en ellas la vida humana.

¿Cuál es entonces la riqueza de Chile? No cabe duda que ella podría ser la industria, pues algunas de las materias primeras en que sí abunda el país (cobre, hierro, carbón) se prestan para la fabricación de máquinas y herramientas. Pero una industria necesita mercados, y aquí vuelve a toparse con uno de los grandes guijarros en que se estrella el tren de nuestra economía. Dinamarca tiene poderosos vecinos como Noruega, Suecia, Holanda, Alemania, que consumen cuanto produzca. Chile carece de tales vecinos, y la producción que hoy logra en cantidades adecuadas para la exportación, debe recorrer tan largos trechos en el transporte, que llega carísima hasta el comprador

El señor Eyzaguirre muestra en un mapa (p. 17) las gobernaciones que concedió el rey de España a sus adelantados, y de ello queda en claro que la Patagonia caía dentro de la jurisdicción chilena. Muestra asimismo (p. 48) los ríos Diamante, Colorado, Negro, Chubut, de que se hizo mención a lo largo de la disputa de límites con la República Argentina a propósito de la Patagonia. Con todos estos elementos de juicio a la vista, puede pronunciarse el lector la inquietante pregunta que viene conmoviendo las entrañas de los chilenos de estos últimos años: ¿por qué fue cedida la Patagonia?

Debe confesarse que el tema es arduo. El autor de este libro no lo toca más a fondo pues ello le habría llevado a ensanchar grandemente sus páginas; pero de cuanto dice y deja traslucir, parece desprenderse que, de una parte, se creyó que la Patagonia era un vulgar desierto inepto para cualquier cultivo, y de otra se temió que el país, distraído en la Guerra del Pacífico, no habría podido prestar mejor atención a problema tan complejo.

Conviene señalar, asimismo, la gran claridad con que se trata en este libro el tema de las fronteras con Bolivia, indiscretamente convertido por los altiplánicos en una campaña de reivindicación de costas. ¿Para qué? No para abreviar la distancia que media entre Antofagasta y Oruro, la cual no se cambia por la mera suscripción de tratados internacionales, sino para humillar a Chile, que tanto ha bregado por convencer al mundo de que esos territorios los posee de pleno derecho. La circunstancia de que el tratado de paz y amistad entre Bolivia y Chile fue firmado en 1904, es decir, veinte años después de la terminación de la contienda, resta todo asomo de seriedad al argumento altiplánico de que Bolivia hubo de aceptar los términos de semejante convenio estrangulada por la fuerza y paralizada por el miedo.

Incómodo fue para Chile ganar la Guerra del Pacífico sin disponer de aliados que la ayudaran a sobrellevar las consecuencias de la victoria: el odio de los vencidos, la perpetua grita de quienes hubieron de pagar los platos rotos, la desatada propaganda contra Chile lanzada urbi et orbe, la acusación de que Chile es una nación regresiva, troglodítica, insensible y atropelladora, etc. Para ganar en la guerra es preciso saber administrar la victoria, si llega, y Chile no ha tenido suerte en esta segunda parte de su singular tarea histórica. Juzgadas las cosas de este modo, creo que con el libro de Eyzaguirre comienza nueva etapa en la misión esclarecedora que debe asumir el país.

Dije hace un momento que este libro se presta, por la brevedad de sus páginas, para la enseñanza escolar. Préstase también, si no entiendo mal las cosas, para que traducido a los principales idiomas dé la vuelta al mundo, a fin de acceder hasta bibliotecas, universidades, institutos y cancillerías. No hay en él despliegue de erudición, que no cabría en texto tan reducido, pero sí fechas que es fácil retener y un número considerable de nociones fundamentales para que se comprenda más allá de las fronteras nacionales de la nación qué situación ocupa Chile en la fracción de mundo que le ha tocado, esto es, el extremo sudoccidental del continente americano.

Bolivia cree fácil que se le devuelva la porción del desierto dominado por Chile. Olvida para argumentar así que las guerras las pagan quienes las pierden y en consecuencia nada hay de irregular en esto que aquí ocurre. Por lo demás, el día que Chile devuelva a Bolivia lo que ésta exige, ese día será también el de que Estados Unidos devuelva a Méjico lo que tomó a raíz de la guerra de 1847. Pero lo grave no es que se restituyan tierras por aquí y por allá, sino que debería ponerse algún límite histórico al proceso de restitución. ¿Por qué las fronteras del siglo XIX han de ser mejores que las de la Edad Media? Y si el proceso no hace alto en la centuria decimonónica, habría que seguir conjugando hacia atrás los verbos de la historia. Ridículo, ¿no es cierto?

El señor Eyzaguirre, autor de este libro de fácil lectura, se ha singularizado en los últimos años por diferentes estudios sobre el tema de las fronteras y, más en general, de las relaciones internacionales de Chile. Ocupa allí posición cimera de maestro, corroborada hoy en forma espléndida con la publicación de "Breve historia de las fronteras de Chile".

Las fronteras de Chile [artículo] Raúl Silva Castro.

Libros y documentos

AUTORÍA

Silva Castro, Raúl, 1903-1970

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Las fronteras de Chile [artículo] Raúl Silva Castro.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile